



ARTIGOS

71



Tejiendo Redes, Construyendo Comunidad

El Poder de las Amistades Lésbicas

María José Alonso Vidal, *Universidad de Jaén*

Resumen. El artículo explora las relaciones de amistad que durante mucho tiempo se han generado en el seno del colectivo homosexual, destacando su papel como construcciones identitarias desde las que se ejerce una práctica de resistencia a las normas sociales que lxs estigmatizan. Desde ese contexto, se discuten las implicaciones políticas de estos vínculos estratégicos y su relación con conceptos como el de la familia. Si bien el texto se centra específicamente en las amistades lésbicas, al entender que contienen un especial poder subversivo frente a la heteronorma. Finalmente, reflexiona sobre cómo, conseguidos los derechos por los que el movimiento institucional de gays y lesbianas tanto había luchado, la integración social de la homosexualidad pudo suponer la pérdida del potencial transformador del colectivo, al priorizar el uso de instituciones heteronormativas frente a sus formas alternativas de relacionarse, que empiezan a desaparecer. El texto adopta la autoetnografía feminista como metodología disidente de investigación, que valida los saberes experienciales como fuente legítima de conocimiento. A través de esta perspectiva, se explora la relevancia de la relación entre lo personal y lo político, destacando su potencial para impulsar la transformación social.

PALAVRAS-CLAVE: Relaciones de amistad. Lesbianas. Redes de apoyo. Estrategias de resiliencia. Autoetnografía feminista.



Introducción

“La amistad no es lo que une a alguien sino un acto afectivo y disidente en sí”
(VALDÉS, 2024, p.96).

Las circunstancias opresivas, de persecución, marginalidad y exclusión social que han sido características en la vida de gays, lesbianas, bisexuales y transexuales a lo largo de la historia, nos han llevado en muchos casos a tener que abandonar –o ser expulsadxs de– nuestros hogares de procedencia, los de nuestras familias biológicas. En ocasiones porque estando allí no podíamos vivir de acuerdo con nuestra identidad y deseo. Pero también porque estas, no pocas veces, nos han repudiado al hacerlo (Weston, 1980). El resultado, como estrategia de resiliencia, también característica en nuestra forma de vida, ha sido buscar espacios comunes con iguales, con amigxs, con quienes construir redes de cuidado¹.

Kath Weston en su libro *Las familias que elegimos* (1980) describe un fenómeno surgido en el seno del colectivo LGTBI en la bahía de San Francisco en la década de los 80. Habla de una manera estratégica de vincularse para sobrevivir, como grupos de amigxs, dadas las circunstancias de desahucio socio/familiar en las que vivían muchxs de ellxs. El texto de Weston llama la atención, porque propone el concepto de “familias elegidas” como una forma de parentesco no tradicional, basada en el afecto y el apoyo mutuo, más allá de los lazos biológicos, por la profunda conexión emocional, interdependencia, apoyo mutuo y lazos que desde la amistad, trascienden los tradicionales vínculos basados en la biología. De hecho, atendiendo a la importancia de estas redes en la vida de gays y lesbianas, Weston nombra por primera vez este tipo de relaciones como “familias elegidas” –las familias que elegimos–.

¹ Utilizo el término **cuidados**, pero comparto con Mari Luz Esteban (2017) la necesidad de dejar este concepto para un ámbito más concreto, el de la “atención a la dependencia a las personas que temporal o definitivamente no pueden valerse por sí mismas” (ESTEBAN, 2017, P.40). Y aquí hablar de “apoyo mutuo” tal vez, como ella misma sugiere; o de una red de intercambio de afectos, materiales, tiempo, economía, etc. Una red que, como apunta Amaia Pérez Orozco (2015) siguiendo a Butler, hace la vida más vivible al margen del mercado, la familia o el Estado, no porque estos no estén en nuestras vidas, es imposible salirse del sistema, sino, porque generamos entre nosotras una serie de estrategias que nos ayudan a vivir “a pesar de” estas instituciones o cubriendo lo que desde ellas, solxs, no alcanzamos a cubrir.



A partir de que el libro de Weston se conociera en España, la expresión “familia elegida” se extendió entre gays y lesbianas en nuestro país, convirtiéndose en algo reconocible para la mayoría de nosotrxs. Formábamos parte de redes compuestas por amigxs, parejas, exparejas, hijxs, etc., donde las categorías de relación se desdibujaban. Los afectos iban mutando, se mezclaban, como los roles, creando complejas redes de vínculos interdependientes, estrechos, llenos de complicidad, intimidad, amor y amistad. Esta fluidez y sus complejidades desafían las definiciones tradicionales de estructuras heteropatriarcales como las de parentesco, como sistema de relaciones sociales basadas en la filiación (vínculos biológicos y adoptivos) y en las alianzas matrimoniales, organizadas en torno a la pareja heterosexual y el intercambio de bienes –y mujeres– entre hombres (RUBIN,1975).

Entre estas redes están las amistades lésbicas. Mi intención con este texto es visibilizar la relevancia de la amistad lésbico-feminista, como algo que ha supuesto para nosotras, la sostenibilidad de afectos, materiales, económicos, tiempo, etc., que en una de las etapas más vulnerables de nuestras vidas –la juventud– nos ayudó a sobrevivir. Para ello considero necesario reflexionar sobre este tipo de amistad, como vínculos que se genera fuera de las estructuras del poder generizado del heteropatriarcado, que con sus normas marca el funcionamiento de las relaciones heteronormativas. Construir una red en la que se resalta la importancia de la elección de sus miembrxs, ayuda a fortalecer un sentimiento identitario de pertenencia al grupo, que genera unidad, fuerza para afrontar conjuntamente adversidades externas², y mejora la autoestima y la salud mental, de quienes se sienten parte.

Marco Teórico

En España desde el ámbito de la antropología y la sociología no se ha tratado demasiado el tema que aborde específicamente la amistad a nivel general. El ensayo de Josepa Cucó, *La amistad. Perspectiva antropológica* (1995), se convierte en una obra de referencia –casi la única durante un tiempo– donde la autora ofrece un análisis profundo

² Es interesante para mí observar cómo en este contexto lo que se convierte en el afuera del grupo, es lo que para el sistema heteronormativo sería el adentro del grupo. Las familias biológicas muchas veces se han convertido en eso contra lo que los grupos de amigxs LGTBI deben unirse para confrontar sus desaprobaciones frente a nuestras formas de vida, convirtiéndose en el enemigo.



sobre este tipo de lazos, no solo como un vínculo personal, sino como un fenómeno social y cultural que varía a lo largo del tiempo y culturas. Examina cómo factores como el género o la clase social influyen en las relaciones entre amigxs. Y analiza cómo la amistad se relaciona con otras instituciones sociales como el parentesco.

Más cercana a la actualidad, Ana María Moreno, en su tesis *El estatuto antropológico de la amistad y su dimensión social: perspectivas para el siglo XXI* (2015), estudia la amistad desde perspectivas antropológicas y sociológicas, y recuerda que el estudio antropológico de la amistad pone de manifiesto que la amistad es una relación humana de doble dimensión: personal y social.

Mucho menos se ha investigado sobre la amistad como estilo de vida desde las disidencias afectivo-sexuales y de género. En los últimos años, y muy favorecido por la incursión del feminismo en la academia –que analiza el potencial político y transformador de la amistad–, se está profundizando en los vínculos amicales como una forma de relacionarse con potencial para subvertir la heteronorma. Este es el caso de la tesis *La amistad como forma de vida: género, sexualidad, diversidad relacional y el problema del parentesco* (2021), de María Isabel Velazaco Lázaro.

Olga Viñuales merece una especial atención en este texto, por ser la primera en abordar las relaciones entre lesbianas en su libro *Identidades lésbicas* (2000). En él explora el proceso de adscripción a la identidad lésbica y analiza cómo se relaciona con conceptos como la amistad, el parentesco y la formación de nuevos modelos de familia.

Algunxs autorxs, al repasar la historia de/desde las disidencias afectivo-sexuales y de género, han señalado la relevancia de un tipo de estrategias de supervivencia nacidas. Beatriz Gimeno en varios de sus ensayos (GIMENO, 1999; 2006) destaca la importancia de las relaciones de amistad y solidaridad entre lesbianas como herramientas fundamentales de apoyo mutuo y resistencia frente a las estructuras opresivas, subrayando la necesidad de visibilizar y valorar estas redes en la lucha por la igualdad y la justicia social.

Por su parte, Fernando Olmeda, en *El látigo y la pluma* (2005), da cuenta de cómo durante el franquismo, gays y lesbianas³ vivían en la clandestinidad y se unían en redes de iguales, ante una amenaza constante de reclusión, torturas o incluso la muerte. Las relaciones de

³ En ese momento aún no se hablaba de otras categorías.



amistad se convirtieron en redes clandestinas de apoyo, cruciales para la supervivencia, que proporcionaban seguridad y camaradería en una sociedad hostil. La resiliencia, como la capacidad de crear lazos de solidaridad y apoyo en medio de la opresión, les permitió no solo sobrevivir, sino también sentar las bases para la lucha por sus derechos en la España post-franquista.

Desde los estudios *queer* también se está contribuyendo a visibilizar y analizar la importancia de la amistad como forma de vida, de parentesco, resaltando lo esencial de sus vínculos para la supervivencia. Es interesante el ensayo de Marta Candeias (2022) en el que analiza las prácticas y dinámicas de sus propias amistades, destacando la intersección de identidades (*queer*, migrantes, precarizadas) y experiencias en la construcción de vínculos afectivos. Cuestiona las definiciones tradicionales de amistad, politizando los conceptos de reciprocidad, cuidados y conflictos.

La llegada de la democracia trajo avances para la sociedad española, y en concreto para gays y lesbianas. De hecho, se derogó la legislación más restrictiva que había en ese momento⁴, y se abrieron otras puertas legales, como la ley del matrimonio en 2005 o la paulatina transformación de las organizaciones clandestinas en movimientos sociales institucionalizados (TRUJILLO, 2009; MENDOZA, 2021). Sin embargo, la democracia por sí sola, no fue suficiente para eliminar la discriminación que vivían gays, lesbianas y trans. La falta de educación inclusiva y los prejuicios religiosos o culturales han sido obstáculos persistentes.

Es en esta España, con una democracia joven aún, apenas treinta años⁵, donde me coloqué para analizar, entender y explicar lo que ha supuesto para nosotras, un grupo de lesbianas activistas de Granada

⁴ **Ley de Vagos y Maleantes de 4 de agosto de 1933.** Una ley promulgada durante la Segunda República y posteriormente utilizada durante el franquismo. Aunque no mencionaba explícitamente a gays y lesbianas, su aplicación fue utilizada para perseguir y reprimir a personas consideradas "desviadas" de la norma social, incluyendo a homosexuales. Se deroga 1970 con la **Ley 16/1970, de 4 de agosto, sobre peligrosidad y rehabilitación social.** Esta aprobada durante el régimen franquista, estuvo vigente hasta 1995. Aunque no mencionaba explícitamente la homosexualidad como delito, sí permitía la persecución y represión de personas consideradas "peligrosas socialmente", incluyendo a homosexuales, debido a su interpretación laxa y su enfoque en castigar a aquellos considerados "diferentes".

⁵ El franquismo termina con la muerte del dictador Francisco Franco en noviembre de 1975. Si bien las circunstancias del país en ese momento ya no eran tan restrictivas, los valores más tradicionales no acabaron en ese momento, si es que en algún momento lo hicieron.



capital, tener una red de amigas lesbianas y feministas, nuestra familia elegida.

¿Por qué habría de considerarse la amistad lésbica una forma de resistencia? Si la sociedad heteropatriarcal ya de por sí desanima las amistades entre mujeres que no sirven de apoyo a los hombres. Mucho más lo haría con las amistades lésbicas, que pueden ser un acto político en sí mismas, al desafiar la heteronormatividad, creando espacios de resistencia que van más allá de dinámicas relacionales que conforman estructuras heteropatriarcales de organización social, como la familia heteronormativa. Las amistades entre lesbianas abandonan la pareja como base, y anteponen el amor amical al amor romántico. Rechazan la jerarquía hombre y mujer, propia de este tipo de familias, así como sus mandatos sobre las funciones de crianza y reproducción estrictamente asignadas a las mujeres. Generan espacios donde no hay cabida para los hombres, y se construyen conexiones profundas entre amigas, que rompen los límites en la expresión de afecto e intimidad, destruyendo la base del amor romántico. Propone una redistribución de afectos y cuidados que no se centra únicamente en la pareja, retando la jerarquía impuesta por la sociedad que prioriza las relaciones románticas sobre otros vínculos. Desde ahí, se subvierten las estructuras de poder y se construyen estilos de vida más libres y justos, que representan una forma de resistencia a la opresión que experimentan las personas LGTB.

Estas relaciones, además, favorecen el desarrollo de habilidades y capacidades de cada una, lo que propicia el empoderamiento individual y de apoyo mutuo fuera de los roles de género tradicionales. Se sale del patrón de ser protegida por un hombre para aprender a protegerse solas, y generar un espacio de apoyo y protección mutuo. La amistad lésbica se convierte así en una herramienta para construir vidas habitables fuera del marco impuesto por los dispositivos de sexualidad y familia. Y es de esta manera, como la visibilidad de la amistad lésbica y la valorización de las relaciones entre mujeres puede contribuir a transformar la sociedad y crear un mundo más justo e igualitario.

Metodología: La disidencia de investigar desde lo auto

Utilizo la autoetnografía como metodológica narrativa de investigación, y la entiendo con ELLIS (2011) como un acercamiento a la investigación, pero también a la escritura que busca describir y analizar experiencias personales para entender la experiencia cultural.



Esta autoetnografía es resultado de la observación, reflexión profunda desde el extrañamiento, así como la descripción densa de mi propia experiencia vital, y las emociones que la atraviesan, desde 1998, momento en el que llego a una asociación de gays y lesbianas, buscando respuestas a mis inquietudes personales.

Este enfoque metodológico refleja la subjetividad y la sensibilidad del investigador y ofrece una explicación clara del compromiso político que adquiere. Así, supone una subversión a la ciencia positivista (SCRIBANO y DE SENA, 2009), que tiene reglas muy claras sobre objetividad versus subjetividad, rechazando la segunda como algo impreciso y sin rigor científico. Que impone unos límites estrictos en la separación entre sujeto que investiga y objeto de estudio, con la jerarquía del primero sobre el segundo. Una ciencia que niega el valor de los conocimientos emanados del análisis de la parcialidad de la propia experiencia (HARAWAY, 1995), por la falta de universalidad y neutralidad que le sobre entiende. Sin embargo, desde la autoetnografía puedo responder a las preguntas que tradicionalmente se le han hecho a la investigación desde la ciencia positivista (qué investigar, cómo, por qué, para qué). A las que desde la ética feminista añadimos otras que tienen en cuenta a lxs sujetxs investigadxs –para quién investigar o cómo hacer una devolución a lxs sujetxs participantes (acompañantes epistémicos (ESTADELLA y SÁNCHEZ CRIADO, 2020)–, de lxs que, en este caso, formamos parte. Las respuestas nos van a dar las claves de por qué podemos entender la autoetnografía como forma de investigación disidente.

Mi forma de hacer autoetnografía parte de mí, de mis malestares como acicates para cuestionar mi realidad. Sin embargo, entiendo que la generación de conocimiento es mucho más enriquecedora cuando es colectiva. Por eso, esta investigación parte de la observación reflexiva y analítica de mi realidad personal –como lesbiana, como activista LGTBI, como amiga–, que es una realidad compartida con las personas que me rodean, con las que he compartido vida, activismo y amistad. La investigación está basada en conversaciones informales, intercambio de pareceres, experiencias, ideas, opiniones sobre nuestra experiencia juntas durante más de veinte años, y hasta la actualidad. Así es como se desdibujan los límites entre el universo *émic* y *étic*. Hay que reconocer que somos sujetos que estudian y sujetos estudiados minimiza la distancia entre ambos, y permite considerar otras formas de conocer el mundo, dar importancia a lo que nos dicen las personas con las que



participamos, discutir las, crear nuevas aportaciones y elevarlas al nivel de estatus analítico. Por eso escribo en primera del singular (yo, María). Pero también desde la primera del plural (nosotras, mi grupo de amigas y activistas lesbianas y feministas). Esta construcción y reconstrucción del yo es el principio del giro reflexivo que rompe con la imparcialidad que proclama la ciencia positivista. Para lograr esa científicidad es para la que utilizamos la descripción densa de la experiencia personal e interpersonal, que pretende desentrañar las estructuras de significado socialmente establecidas. Así analizo la realidad desde el extrañamiento que me proporciona una mirada feminista, y en su desarrollo voy visibilizando las relaciones de poder que nos atraviesan, como sujetos sexuados en un sistema heteropatriarcal. Yo/nosotras narramos para mostrar un estilo de vida diferente a la mayoría heterosexual. Para visibilizar una realidad subalterna, otra, excluida de la heteronorma, como sujeto enunciator/es que habla/n desde la parcialidad situada de su experiencia –la de un grupo históricamente silenciado, del que formamos parte y al que pretendemos dar voz–.

Uso la autoetnografía por su cercanía narrativa, que la convierte en una herramienta válida para crear textos referentes –por ser la voz real en primera persona– para otras lesbianas que no los tienen en sus contextos cotidianos, como los rurales. Para eso también es necesario desobedecer los formatos que exige la academia, convirtiéndose, como decía Ruth Behar (1996) en narraciones de ficción, blogs, exposiciones, etc. Autores como ELLIS, ADAMS y BOCHSNER (2011) o RICHARDSON (2000) abogan por utilizar cualquier género literario, como cuentos, poesía, ensayos fotográficos, narraciones co-construidas, etc. Los textos deben ser accesibles en la forma de comunicarnos. La autoetnografía suele tener un lenguaje coloquial, una lectura comprensible a quien quiera llegar hasta ella. Así nos apartamos, de nuevo, de las reglas para generar conocimiento considerado científico.

Mi objetivo último a la hora de hacer autoetnografía sobre lesbianas, más allá de lo expuesto, es conseguir una transformación social, que supone seguir la máxima feminista de que lo personal es político, pero sabiendo que de mi/nuestra experiencia y sus emociones se generan conocimientos válidos para hacer teoría desde la que provocar cambios en nuestras realidades. De ahí que desde la (auto)etnografía feminista amplíemos la máxima: *lo personal es político* (HANISH, 1969), añadiendo, y *teórico* –como ya señalaron en sus textos feministas como RICH (1976) o HOOKS (1981)–. Pero dando un



paso más que insiste en que este proceso sirve, además, *para transformar la realidad*.

Narrativa Personal

En 1998, con veintidós años, llegué a NOS, única asociación de gays y lesbianas que por entonces funcionaba en mi ciudad, Granada⁶. Iba buscando solventar dudas sobre mi identidad sexual. Acababa de terminar la carrera de trabajo social y con ella, se acabó también mi primera relación lésbica. Como antes de aquella relación venía de la heterosexualidad normativa, en ese momento andaba completamente perdida. Quería, como si eso fuera posible, que alguien me dijera si yo era lesbiana. Pasé allí los siguientes veinte años haciendo activismo. Y si algo me hizo crecer y empoderarme a raíz de esa experiencia, fue el grupo de amigas que se creó a lo largo de ese tiempo y en ese espacio, que se convirtió en una red fuerte de apoyo y sostén, y que sigue vivo, a pesar de las fluctuaciones lógicas de la vida. Aquí es donde me posiciono para reflexionar y analizar acerca del poder de las amistades lésbicas como lugar de resistencia heteronormativa.

La consolidación de los vínculos entre nosotras fue tal, que asimilamos nuestra amistad al rango de familia. Y le añadimos el calificativo de “elegida”, por lo saludable de nuestra manera de relacionarnos, y para diferenciarla de las biológicas. Aunque, como bien replica CANDEIAS (2022), nuestra familia biológica debería haber sido ese espacio en el que tendrían que habernos ayudado a hacer de nuestras vidas, vidas vivibles, y no uno de los motivos por los que muchas de nosotras nos unimos a redes de amigas. A final del siglo pasado, y hasta los primeros años del siguiente, en España nuestras familias biológicas, que aún arrastraban la herencia machista producto de cuarenta años de dictadura fascista –donde gays y lesbianas no

⁶ NOS fue constituida en 1993 como la primera asociación democrática de gays y lesbianas que se crea en la ciudad andaluza. Surge como respuesta a la necesidad de luchar contra el vih-sida, reivindicar derechos sociales y servir de espacio de reunión, apoyo, refugio de chicos y chicas que vivían su diferencia sexual como algo vergonzoso que les valía marginación y exclusión. Funda junto con otras la actual FELGTB, federación desde la que luchamos para guiar las políticas públicas nacionales que tuvieran en cuenta nuestro colectivo, y la aprobación de un matrimonio igualitario. En 2012 NOS cierra sus puertas. “Morir de éxito”, lo denominamos, cuando se generalizó por todo el país, el vaciado de las asociaciones porque habían dejado de ser percibidas como útiles por quienes fueron sus miembros, como si ya lo hubiéramos logrado todo. NOS ya no volvió a abrir sus puertas, aunque actualmente, antiguas miembrxs, conscientes de que los derechos de las minorías nunca están asegurados, y las circunstancias nos demuestran que debemos seguir luchando, han reabierto otras asociaciones –Asociación Arco Iris, por ejemplo–, que son una continuación de NOS en reivindicación y lucha de lo que hicimos nosotras.



existían, porque habían sido eliminadxs o vivían escondidxs– aún seguían rechazando nuestra forma de vida fuera de su norma. Esto nos relegaba a un ostracismo social que, de no haber acudido a aquella asociación, habría supuesto para mí, como para muchxs, una vida en soledad, precariedad y llena de riesgos, tanto físicos como emocionales.

La familia en las sociedades heteronormativas ha sido un pilar fundamental en la organización social, pero también ha tenido un papel clave como espacio de control y reproducción de normas culturales, sexuales y de género. Ha favorecido la heteronormatividad obligatoria, perpetuando roles de género tradicionales, asignando a las mujeres tareas domésticas no remuneradas y a los hombres el rol de proveedores. Esto ha reforzado jerarquías basadas en el género. La familia heteronormativa actúa como un dispositivo biopolítico que regula cuerpos y sexualidades. Pues es un espacio donde se vigilan las conductas sexuales para ajustarlas a las normas sociales dominantes. Además, sirve como modelo para otras instituciones disciplinarias, como escuelas.

¿Por qué igualar, entonces, con este término a quien sí nos apoyaba y nos aceptaba facilitando nuestras vidas? Por igualar en importancia nuestras relaciones, a esas estructuras que son la organización social básica en el mundo que establece las normas. Era nuestra manera de decirle a la heteronormatividad que, aunque nos habían excluido, nuestra capacidad de resiliencia nos llevaba a reunirnos en construcciones tan robustas como las suyas, y como ejemplo, el nombre que, a pesar de las diferencias, asimilábamos al suyo. En segundo lugar, porque no conocíamos nada que fuera tan poderoso como los lazos protectores de una familia, y solo imitábamos, con otras dinámicas de funcionamiento, lo que de ellas conocíamos. Pero lo más importante, porque solo con que nosotras, con nuestras dinámicas alternativas de vida, usáramos el mismo nombre, ya las estábamos subvirtiendo.

A lo largo de nuestra trayectoria juntas, esta red ha estado compuesta mayormente por lesbianas en el sentido más identitario de la palabra. Se trataba de un grupo de mujeres que aman a mujeres, y que concienciadas de su discriminación sexual por este motivo, se movilizaban formando parte de un colectivo institucional y asimilacionista, que utilizaba *la esencia de las categorías para luchar* por unos derechos que consideraba imprescindibles para vivir con



dignidad. Se puede debatir sobre lo adecuado o no de esta ala del activismo, pero eso sería motivo de otro artículo.

La cuestión es que, cuando cada una de aquellas lesbianas, llegamos a la que al final fue nuestra asociación, íbamos buscando un lugar de refugio, de apoyo con iguales; un espacio desde el que luchar para lograr derechos. Porque como dice CANDEIAS (2022), en ciertos contextos de mayor vulnerabilidad, es difícil separar el espacio de lucha del de la amistad. Y es que, a pesar de habernos encontrado en una asociación, la amistad y el amor sirven como acicates movilizados de lucha, porque insuflan fuerza, la fuerza del grupo. Aunque también pueden servir para todo lo contrario, como ya explicó MOGROVEJO (2000) cuando narraba cómo de forma habitual, las rupturas de pareja de alguna de las lideresas de las asociaciones de lesbianas a las que pertenecía, daban al traste con el grupo entero.

Aunque NOS era una asociación mixta, nuestra red de vínculos se dio mayoritariamente entre mujeres que se identificaban como lesbianas. Había muy pocas chicas que se denominaran bisexuales o que lo hicieran en ese momento. Y tampoco había mujeres heterosexuales, porque no teníamos entonces demasiada relación con el mundo heterosexual; mucho menos con hombres. Eran definitivamente “lo otro” para nosotras. Ahora puedo decir con WITTIG (1996), con RICH (1996), que huíamos de la opresión que los hombres pudieran ejercer sobre nosotras, pero también de ocupar el lugar de opresión que tenían aquellas mujeres que, por ocupar ese lugar, a nosotras no nos gustaban. Podríamos decir que al igual que la heterosexualidad nos miraba por encima del hombro, dada su condición de mayoría, de lo verdadero, lo incuestionable, nosotras la tratábamos a ella con superioridad también, por ser, en líneas generales, lo que rechazábamos –aunque quisiéramos que nos aceptaran en su sociedad, como uno más. En ese momento no nos planteábamos que esa aceptación podía hacernos perder nuestra diferencia como fugitivas del desierto, diría val flores (2004)–.

No con todas las compañeras de activismo se dieron los mismos vínculos. Nuestra red de amigas se fue forjando porque algunas estrechamos tanto los lazos desde la lucha, inquietudes comunes, afinidades, que la cotidianidad y el fluir de las experiencias conjuntas, nos llevaron a pasar de ser miembros de NOS a amigas.

Recientemente tuve la oportunidad de conocer varias experiencias que en contextos históricos y geográficos diferentes, validaban mi idea



de las relaciones lésbicas de amistad como vínculos subversivos, que seguían una lógica de unión resiliente contra la exclusión. Fueron imprescindibles para que yo llegara a entender lo más sencillo: que la opresión fue lo que nos unió.

Houses ballrooms

Un día de paseo por los vericuetos de Internet, tuve la oportunidad de conocer otro tipo de familias, “las casas” de la cultura ballrooms, nacidas en el New York en las décadas de los 70. Me llamó la atención la forma de relacionarse entre lxs miembrxs de una misma casa; la organización de los roles y el intercambio de afectos y recursos. El baile, como expresión de rebeldía, era la base sobre la que se organizaban personas negras y latinas LGBTI+ (que) se reunían, no solo para bailar o travestirse, sino para celebrar sus identidades en un contexto de exclusión, discriminación y violencias. Bajo el nombre de “casa” se crea un sistema de parentesco alternativo negro y latino/queer y transgénero, asentado alrededor del glamour, el baile del mundo drag:

La Casa de Xtravaganza está formada por una madre o un padre y un gran grupo estridente de “niños”: drag queens, butch queens (hombres homosexuales que se visten como hombres), transexuales, algunas chicas reales y uno o dos chicos heterosexuales. A pesar del puñado de chicas y chicos heterosexuales, las casas son, esencialmente, camarillas de jóvenes gays negros e hispanos obsesionados con estar a la moda y ser fabulosos. (...) En algunas casas, hay que ganar un premio en un baile para ser considerado miembro. En otras, basta con pedírselo a la madre de la casa, que probablemente dirá que sí. (Cunnigan, Open City. Magazine and Books).

Y esto tiene un gran valor político, porque lxs componentes de estas casas son personas LGTBIQ expulsadas de sus familias biológicas durante la infancia y la adolescencia, lo que lxs aboca a la exclusión y cierra toda puerta a una supervivencia más allá de la calle. Por eso, la cultura ballroom está formada por redes de apoyo entre iguales. Y, si bien no todas –porque siempre dependía de la actitud de cada madre–, estas casas se comportaban⁷ como verdaderas familias monoparentales, con una madre/padre y sus hijxs adoptivxs. Así lo explica Cunnigham, en su artículo *The slap of love*:

Frank Xtravaganza, de treinta y un años, otro de los hijos de Angie, dice: “Angie siempre gritaba tu nombre por toda la habitación. Su voz era tan

⁷ Los ballrooms siguen activos, pero como las redes de amigas lesbianas, contextualmente también han cambiado según las circunstancias del país.



aguda que te atravesaba, y nosotros decíamos: 'Mamá, esas hormonas no te han ayudado nada con la voz'. Estaba sentada en el sofá, se reía y decía: 'Cállate, maldita reina marimacho, y tráeme una taza de café antes de que me levante y te dé una paliza'. Estaba bromeando. Pero, aun así, siempre había alguien que le traía el café. (Cunnigan, Open City. Magazine and Books)

No encontramos demasiado en común en la forma de organización entre nuestra red de amigas y estas houses. Sin embargo, quiero llamar la atención sobre las semejanzas, que se traducen en la constante de buscar a lo largo de la historia estrategias de relacionarnos, casi siempre basadas en las amistades entre iguales a los márgenes del heteropatriarcado. Una unión que venía dada por la idea identitaria de compartir la disidencia sexual, pero que, encadenada a ella, traía otras identidades, que al final, también se compartían: la de pobre, el esperpento, el abyecto, el monstruo. Todxs excluidxs.

Las del asunto

En la España franquista muchas de las mujeres que no comulgaban con la heterosexualidad formaron una red alternativa, secreta, de apoyos materiales y afectivos:

(E)stas mujeres se las ingeniaron para sobrevivir solas cuando eso sólo se podía hacer con un hombre al lado; buscaron las maneras para vivir su sexualidad y su vida al margen del sistema. Para ello siguieron estrategias de supervivencia –resistencia creativa, lo llama Albarracín (2008:195) – como reapropiarse del lenguaje, “yo soy librera (lesbiana) y catalana” o crear uno propio, “en esa época conocía a algunos hombres que también eran del “asunto” (2008:196); construir espacios propios de libertad, formados por redes de solidaridad y complicidad. (ALONSO, 2018. P.151).

Ninguno de los dos ejemplos es exactamente igual a lo que nos unía a nosotras. En el caso de “las del asunto”, se trataba de relaciones secretas y camufladas muchas veces en forma de relaciones familiares, como la de una pareja encubierta, que se hace pasar por viuda y cuñada que conviven.

Evolución en las relaciones. Mis amigas y yo no hemos necesitado ocultarnos tanto, porque la sociedad española, ya al principio de la década del dos mil sabía de sobra que existíamos, aunque no les gustaba demasiado que ocupáramos sus espacios. Para algunxs éramos algo exótico. Pero nuestra realidad ha ido evolucionando con la sociedad. Por eso hablo de una red de sostenimiento sororal de mujeres que entonces teníamos entre veinte y treinta años, que hoy nos movemos entre los



cuarenta y los cincuenta, y que de alguna manera se mantiene viva, a pesar de muchas idas y venidas. En aquel momento “nos toleraban” si no nos visibilizábamos demasiado. Y aunque siguiéramos estando excluidas en la primera década del dos mil, lo estábamos, pero con menos intensidad que en décadas anteriores. Con todo, no tuvimos, por ejemplo, referentes LGTBIQ en los libros, ni películas donde encontrarnos, porque éramos invisibles.

Al principio de esa década, nuestras reivindicaciones por un matrimonio homosexual nos convirtieron, para una parte importante de la sociedad, en un peligro que atentaba contra su institución más preciada: la institución familiar y la consecuente reproducción de la especie, por supuesto. Esto nos valió un incremento de los ataques al colectivo, que vino aparejado por un estrechamiento de nuestros lazos como estrategia para fortalecer nuestra defensa.

Con la aprobación del matrimonio igualitario en 2005 en España, se respiró en el país una ficticia pero generalizada sensación éxito, como si con la igualdad legal de gays y lesbianas se hubiera conseguido la eliminación de su discriminación social. Esto favoreció un cambio en la manera de relacionarse de las generaciones más jóvenes, las que no habían nacido bajo la sombra de la marginación y que han crecido sin miedo a mostrar sus deseos, sin tradición de exclusión social por ser homosexuales. Si nosotras, para enfrentar y resistir la exclusión social, nos uníamos en grupos de amigas, redes de apoyo mutuo, surgidas al abrigo de las reivindicaciones que se hacían desde las asociaciones y sus manifestaciones, esto ya no ocurría. Muchas de aquellas asociaciones desaparecieron en la siguiente década y con ellas los potenciales grupos de lucha, que ya no se crearon. Y es que, desaparecida la percepción de opresión, no se daba la necesidad de crear lazos de unión. Y las generaciones más jóvenes no sufrieron las persecuciones, las palizas, los desahucios que sus predecesoras. Y si las sufrían, eran reconocidas como agresiones ilegales, que conllevaban un respaldo desde el derecho, también buena parte de la sociedad también. Ya no necesitaban un grupo de apoyo detrás, porque ni estaban solxs ni eran invisibles. Una generación que no requería cuestionar el porqué de una discriminación –que no estaba sufriendo–, solo tenían que preocuparse de vivir. Y desde la simple búsqueda de la comodidad vital, es más fácil terminar reproduciendo sin cuestionamientos, la sociedad en la que se ha nacido, la heteronormatividad. En España, el concepto de familia elegida que describía Weston cambia a partir de 2005, pues entre nosotrxs se



instala el matrimonio como la heteropatriarcal alianza contractual que une a dos personas para la construcción de una familia biológica. El parentesco abre la puerta a gays y lesbianas. Lo que ocurrió es que, aunque aparentemente descendiera la discriminación por orientación, no lo hizo la marginación por cuestiones de género. Produciéndose así una aceptación de la homosexualidad más apegada a la heteronorma, pero no la aceptación de la que se alejaba de esta. De modo que lxs más jóvenes se relacionan entre sí, en general, con más libertad, aunque aumenta la probabilidad de que sufran discriminación si se alejan del género como norma. Un gay es más aceptado si no es afeminado; mucho más si se une en pareja normativa; y más si tienen hijxs. Esto también favorece las dinámicas de unión en parejas, así con sus consecuencias: si la pareja no sobrevive, no hay un grupo de apoyo detrás.

En nuestra generación acudimos a las asociaciones buscando refugio, amigxs, pareja. Aunque, no quisiera pasar por alto que, como explica Diego Mendoza (2021), en la España predemocrática, cuando reunirse estaba prohibido y el asociacionismo también, al final, las luchas clandestinas nacen de pequeños grupos de amigos gays, lesbianas y trans –la unión de lxs desahuciadx de las buenas familias heteronormativas–, que cansadxs de vivir escondidxs, oprimidos, reprimidos, sin libertad, empiezan a luchar desde la clandestinidad. Estos grupos de amigxs clandestinos son la base de las asociaciones posteriores donde nosotras acudiríamos.

El feminismo. Entrar a formar parte de una asociación, para luchar por unos derechos que buena parte de la sociedad rechaza, por considerar que son una amenaza a la suya, termina por convertirnos en personas politizadas, que se acostumbran al análisis crítico de cuanto acontece a su alrededor. Si estos sujetos políticos son mujeres analizando un sistema heteropatriarcal que las expulsa, y empiezan a darse cuenta de lo que es una vida sin hombres –al menos en sus cotidianidades más íntimas, de puertas para adentro–, el resultado es un grupo de mujeres feministas. De modo que, aunque al principio fuéramos un grupo de amigas unidas por la identidad sexual, que venía dada por la discriminación y sus consecuencias, con el tiempo nos convertimos en un grupo de amigas lesbianas y también feministas. Y no solo por el hecho de ser mujeres –que ser mujer *per se*, no hace crítica a nadie–. La potencia de nuestro grupo tampoco viene por el hecho de ser únicamente mujeres feministas, pues los espacios



feministas también están llenos de relaciones de poder entre mujeres empoderadas que luchan por sus intereses, las relaciones de poder acaban con la empatía y la sororidad, y derivan en espacios poco amables para vivir. Tendríamos que buscar aquí una relación equilibrada entre la ética del cuidado y la ética de justicia, como afirma CANDEIAS (2022), para mostrar que las cosas se pueden hacer de otra manera. Una de mis amigas, señala la importancia de la empatía para un funcionamiento amable y mantenimiento de estas redes de apoyo, aunque pone el acento especialmente en una *gestión ética del poder*.

La fuerza de nuestra red de amigas la daban la intersección entre ser/sentirse/posicionarse como mujeres lesbianas y ser/sentirse/posicionarse mujeres feministas –mujeres, feministas y lesbianas–. Esto genera complicidad entre nosotras. No hay nada que una más, que un enemigo común. Y nosotras lo teníamos por partida triple: desde la sexualidad, el género, y la clase, que todas éramos mujeres precarias⁸.

En nuestros espacios de comunidad no existía la hostilidad entre mujeres que tanto le gusta al heteropatriarcado, porque no competimos entre nosotras por los hombres o las normas heteropatriarcales que estos imponen; sustituimos la misoginia por la sororidad (LAGARDE, 1993). Una competición que entre las amigas heterosexuales se ve reflejada en llamadas de atención sobre la interpretación de los cuerpos imperfectos de las otras, y su falta de interés por corregirlos; sobre la manera “siempre equivocada”, a su entender, de ejercer la maternidad que tienen las demás; sobre la corrección en sus funciones como mujer esposa y ama de casa, convirtiéndose ellas para ellas en el mejor panóptico del heteropatriarcado.

En cuanto a los hombres, nuestros espacios no estaban invadidos ni por ellos ni por sus dinámicas acaparadoras de atención con conversaciones sobre temas de su interés, que no dejan espacio a que las mujeres intervengamos en igualdad. Para las amigas heterosexuales, sus espacios comunes de amigas son lugares que de alguna manera siempre están llenos de hombres –aunque no estén físicamente–, pero lo están si figurativamente ellas los traen a sus conversaciones, como recoge ANDREA FRANULIC (2020):

⁸ En ese momento aún no conocíamos el término interseccionalidad, ni éramos conscientes de otras variables que nos pudieran atravesar más allá de estas, o como mucho, la nacionalidad y la religión.



“en tiempos de soltería, la mayoría de las mujeres busca a las amigas para llevar a cabo actividades en colectivo, ir algún bar, al cine, a comer y charlar sobre la convivencia que se lleva con los hombres o sus aspiraciones amorosas”.

Pero no sólo los traen para eso. También hablan de ellos para desahogarse, criticarlos y encontrar juntas un lugar que evite el control masculino, su falta de atención, de entendimiento, de empatía. Otra manera de traerlos a sus espacios es para generar estrategias (ALONSO, 2022). Unas mujeres, las mayores, enseñan a otras a usar herramientas de supervivencia, pues existe la sensación compartida de que todas tienen un enemigo común. Esta es la agencia que me gusta de las amigas heterosexuales porque construyen verdaderas redes de resistencia conjunta, aunque ni se planteen ni sean conscientes de que están luchando.

Es interesante para mí entender estas dinámicas, porque desde ahí puedo ver nuestra manera de alejarnos del modelo heteronormativo. Al final de los noventa y principio del dos mil, las lesbianas españolas aún no hablábamos de crianza o de cuidados, porque la maternidad no estaba en nuestro imaginario (no por edad, sino porque las lesbianas entonces no tenían hijxs). Tampoco había costumbre de tener mascotas. Ni nosotras estábamos en edad de tener personas dependientes a nuestro cargo. Por eso, nuestras conversaciones giraban en torno a otras cuestiones que yo considero empoderantes, porque nos enriquecían como personas. Aspectos de la vida pública –literatura, arte, política, porque vivíamos luchando, trabajo, economía– pero también de la vida privada –sentimientos, formas de relacionarnos–, pues no dejábamos de ser personas educadas como mujeres en una sociedad heteronormativa, donde las emociones y el cuidado campan entre nosotras.

Al cruzar el lesbianismo con el feminismo, nuestras conversaciones aprendieron a seguir lógicas de escucha empática, sororidad, atención y respeto mutuo. Lo que propiciaba que se crearan espacios para expresarnos en igualdad y sin miedo, facilitando que las más retraídas encontraran un lugar sereno en el que expresarse. Así se arraigaban los procesos de empoderamiento. Al ser feministas, el cuidado entre nosotras es un cuidado ético.

Por otro lado, nuestra manera de relacionarnos traspasaba las las estructuras (hetero)sexuales y de género, como ya analizó VIÑUALES (2000). Nuestra red de amistad está formada por amigas. Pero también



somos amigas de nuestras ex, y de las parejas de nuestras amigas. Este tipo de vínculo acrecienta la intimidad, la lealtad y la complicidad entre nosotras (TORRES, 2024). Posiblemente se daba porque no teníamos firmado un contrato matrimonial con reglas heteropatriarcales que nos constriñera o nos controlara. Nuestras relaciones de pareja eran eternas mientras duraban. Y cuando se rompían se podían reconvertir en otra cosa, y empezar otras con otras personas, o no. Y es que en un espacio sororal de vínculos tan estrechos en los que se comparte tanto, es fácil que los límites se vuelvan difusos, y lo que empieza siendo una amistad, puede convertirse en una relación afectivo sexual que no necesariamente llegue a ser una pareja, o sí. Pero no pasa nada si en nuestra red de amistad hay parejas, porque nuestras parejas son nuestras amigas también, y ocupan esos espacios, formando parte del grupo de amigas. Esto no suele ocurrir con las parejas heterosexuales. En los grupos de amigxs hetero con los que he convivido, la comunicación fluye de forma diferente. Los temas de interés de unos y otras muchas veces divergen o no encuentran puntos de conexión. Están segregados por géneros y la inercia hace que incluso físicamente se generen subdivisiones en el seno de los propios grupos: las mujeres, por un lado, y los hombres con los hombres. En otras ocasiones ocurre que el amor aísla, “la locura temporal que supone el sentimiento amoroso nos aísla del resto, o en todo caso convierte a la pareja en la prioridad” (SÁEZ, 2012). Esto ocurre también en las parejas de lesbianas, pero sabemos que es una fase en la que desaparecen, y después vuelven al grupo.

Estas cosas favorecen que, si ya de por sí las amigas son un hándicap para el heteropatriarcado, un espacio de mujeres feministas y lesbianas juntas, que no necesita hombres para sobrevivir, se convierte en algo con fuerza propia. Por eso nuestras relaciones son un elemento subversivo para la sociedad heteronormativa. Como decía FOUCAULT⁹ (2004), la potencialidad no la da el sexo fuera de la norma, sino las amistades fuera de la norma; es la fuerza de estas alianzas. El sistema no puede controlar a un grupo de mujeres lesbianas feministas empoderadas, porque es muy difícil que el heteropatriarcado entre en ese espacio. Este estilo de vida nos vuelve poderosas.

Con todo, nuestro mundo no es excepcional, y el poder está en todos sitios, hasta en las relaciones igualitarias. Entre nosotras también

⁹ Aunque él se refería estrictamente a los gays, yo hago la extrapolación a las lesbianas feministas también.



hay alianzas más estrechas con unas que con otras, pero nuestras relaciones eran elegidas, y si alguien entra libremente, también hay quien, de la misma manera, ha salido. Por eso nuestra red no es estable, muta, está en movimiento, y a veces es más fuerte que otras. Lamentablemente en los últimos años se encuentra debilitada. Entre otras cosas, por la incursión sorpresiva de heteronormatividad en nuestras vidas que, efectivamente, llegó incluso a modificar nuestras dinámicas de relación –hasta que nos hicimos conscientes y empezamos a analizar críticamente lo que nos estaba pasando.

Análisis y Reflexión Crítica

Pero no solo nosotras nos debilitamos. El colectivo entero perdió potencial transformador. El heteropatriarcado se alió con las reivindicaciones del movimiento y proporcionó a gays y lesbianas, exactamente lo que querían: un matrimonio homosexual que lxs igualara a la mayoría hetero. Se extendió entonces la creencia que hizo pensar a muchas gays y lesbianas que el derecho a casarse nos convertía en iguales a la heterosexualidad, y hacía desaparecer la exclusión que la sociedad sentía por nosotrxs. Aunque en realidad, lo que pasó es que nosotrxs nos diluimos en la heteronormalidad.

Unos y otras dejaron de sentir la necesidad de unirse en asociaciones, y muchas perdieron miembrxs, por lo que tampoco había espacios de donde surgieran grupos de amigxs que se comportaran como redes de sostenimiento. Aunque parece que ya tampoco eran necesarios. Así perdimos parte de nuestro potencial subversivo para transformar las instituciones heteropatriarcales y capitalistas¹⁰.

Aunque nuestra red de amigas se ha mantenido en el tiempo, otras lesbianas, las de generaciones posteriores, como decía antes, ni siquiera llegaron a llegar a forjarlas de la misma manera, al no sentir el peso del enemigo común. Muchas de ellas se unieron en matrimonios, y con el tiempo, al tener hijxs, se convirtieron en lo que habíamos reivindicado, familias “normales”, como unidades de consumo, exactamente igual que el resto del mundo heterocapitalista, perdiendo en muchos casos, nuestra capacidad crítica y nuestro potencial revolucionario – el poder de dos nunca va a ser el poder de la masa.

¹⁰ Es más complejo mantener relaciones abiertas, poliamorosas o relaciones encadenadas, cuando se siguen los mandatos heteronormativos del matrimonio.



En otro sitio (ALONSO, 2018) me preguntaba, ¿cómo han llegado a estar normalizadas las lesbianas en pueblos rurales cuyas tradiciones y valores están tan arraigadas? Indiscutiblemente el trabajo realizado por los movimientos sociales tiene mucho que ver. Sin embargo, estoy convencida de que la homosexualidad es aceptada porque las familias biológicas han reconocido estos matrimonios como una vuelta al sistema. Sus hijxs ya no son rarxs, pues se pueden casar y tener hijxs como el resto:

Posiblemente gays y lesbianas hayan tenido que aparecer en sus casas con el aval impoluto de la pareja monógama y estable, santa institución del heteropatriarcado, con la firma de la maternidad para corroborar que han salido de la perversión. Sea como fuere, una vez que han demostrado la limpieza del expediente (...) la familia biológica ya no esconde a su hija, como si fuera un deshonor, sino que presume de ella y de sus nietxs y posiblemente hasta de su “nuera”. (ALONSO, 2018, p.232).

Es entonces cuando en el pueblo, las hijas, hermanas, sobrinas o nietas de alguien, dejan de ser bolleras, para convertirse en lesbianas, y ascienden en la jerarquía de la sexualidad. En este punto es interesante plantearse si se ha aceptado el lesbianismo o a las lesbianas, o a qué lesbianas.

Como alternativa, y para alejarnos del pesimismo, en la actualidad, como parte del movimiento feminista y trans-bi-marika-bollo, que no quiere integrarse en la sociedad heteropatriarcal capitalista sino transformarla para convertirla en algo inclusivo –esto es, fuera del movimiento asimilacionista e institucional–, CANDEIAS (2022) habla de *queerizomas amicales* (un rizoma *queer* amical), donde las relaciones van más allá de las meras redes de apoyo o de cuidado, y se conforman como un entramado de relaciones, de intercambios de todo: apoyos, afectos, recursos, sexo, etc. Sin embargo, esta opción surge como parte del movimiento feminista y trans-bi-marika-bollo, pero no desde el potencial subversivo de relación que tienen – ¿tuvieron? – las lesbianas y feministas en su forma de relacionarse.

Conclusiones

El texto muestra que las relaciones de amistad homosexuales, y en particular las lésbicas, son mucho más que simples vínculos afectivos. Han desempeñado tradicionalmente un papel fundamental en la



construcción de identidades, en la resistencia a la opresión y en la transformación social.

En contextos de marginación y discriminación, las redes de amistad han proporcionado un espacio seguro donde construir identidades, compartir experiencias y desafiar las normas heteronormativas. Al establecer vínculos afectivos y solidarios, las personas LGBTIQ+ han desarrollado estrategias de resistencia que les han permitido sobrevivir.

En este contexto se ponen de manifiesto las amistades lésbicas como un entorno de potencial subversivo frente a la heteronorma. Al desafiar las estructuras familiares y de parentesco tradicionales, estas relaciones contribuyen a construir nuevas formas de comunidad y solidaridad.

Con todo el logro de tradicionales reivindicaciones que suponen una igualación de derechos a la hora de la integración social del colectivo LGBTIQ+, ha planteado el riesgo de una pérdida de este potencial transformador. Al priorizar la adaptación a las normas heteronormativas, se corre el riesgo de abandonar las prácticas y relaciones que han sido fundamentales para desafiar el statu quo.

El mayor enemigo que tenemos es que se consiga destruir las estructuras colaborativas, que nos hagan creer que está todo resuelto, y que dejemos de asociarnos.

A pesar de todo lo expuesto, hay aspectos clave en los que el texto no entra, y que serán positivas consideraciones para investigaciones posteriores. Dado que se ha abordado la evolución de las relaciones de amistad en función de los diferentes momentos vitales y de las coyunturas sociales, parece crucial abordar el tema de la amistad en otras edades, que supondría analizar otras características sociales también. ¿Están funcionando estas redes en las personas mayores? ¿Qué ocurre si no hay amigxs cerca, para una generación que vivió completamente desahuciada de sus familias de origen? ¿Cómo y con quienes se relacionan lxs jóvenes LGTBI? ¿Viven situaciones de exclusión y marginalidad? ¿En qué sentido?

Por otro lado, sería enriquecedor ampliar el texto con una mirada interseccional, imposible abordar desde esta autoetnografía, que entrara a tratar temas como la raza, la clase o la discapacidad.



Referências

- ALONSO, María. *¿No harás una tesis sobre sus amigas? Relaciones de género en parejas de lesbianas*. 2018. 441. Tesis (Doctorado) - Curso de Estudios de Género, Universidad de Granada, Granada, 2018.
- ALONSO, María. *Las intermitencias de los infinitos lésbicos*. Barcelona: Egales, 2022.
- BEHAR, Ruth. *The Vulnerable Observer: Anthropology That Breaks Your Heart*. Boston: Beacon Press, 1996.
- BUTTLER, Judit. *Cuerpos que importan*. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”. Buenos Aires: Paidós, 1993.
- CAROSIO, Alba. La ética feminista. Más allá de la justicia. *Revista Venezolana de Estudios de La Mujer*, Venezuela, v. 28, n. 12, p. 159-184, 10 nov. 2024.
- CANDEIAS, Marta. *¿Y si en las amistades todo (in)fluye? Malabarismos, (Po)Éticas, Diálogos e (In)Comodidades en los Vínculos*. 2022. 120 f. TCC (Graduação) - Curso de Estudios de Género, Universidad de Granada, Granada, 2022. Disponible em: <https://digibug.ugr.es/handle/10481/78197>. Acceso em: 1 nov. 2024.
- CUNNINGHAM, Michael. *The slap of love*. Disponible en: <https://opencity.org/archive/issue-6/the-slap-of-love>. Consultado el: 25 de noviembre. 2024.
- CUCÓ GINER, Josepa. *La amistad*. Perspectiva antropológica. Barcelona: Ícari. Institut Català D’antropologia, 1995.
- ELLIS, Carolyn; ADAMS, Tony E.; BOCHNER, Arthur P. Autoethnography: an overview. *Historical social research / Historische Sozialforschung*, Berlín, v.12, p. 273-290, 24 de noviembre. 2010. Cuadrimétrico.
- ESTADELLA, Adolfo; CRIADO, Tomás Sánchez. Compañeros epistémicos: la invención de la colaboración etnográfica. En: VEINGUER, Aurora Álvarez; ARRIBAS, Alberto; DÍEZ, Gunther (ed.). *Investigaciones en movimiento: etnografía colaborativa, feminista y decolonial*. Buenos Aires: Clacso, 2020. p. 145-169.
- ESTEBAN, Mari Luz El cuidado, un concepto central en la teoría feminista: aportes, riesgos y diálogos con la antropología. *Quaderns de*



L'institut Català D'antropologia, [s. l], v. 22, núm. 2, pág. 33-48, 14 de octubre. 2017. Semestral.

FLORES, Val. *Afectos, pedagogías infantiles y heteronormatividad*. Pedagogías transgresoras. Córdoba: Bocavulvaria.Ediciones., 2016.

FRANULIC, Andrea. *La amistad entre mujeres: un juego político*. 2020. Disponible en: <https://jacarandasenelafaltov8.wordpress.com/2020/06/11/la-amistad-entre-mujeres-una-apuesta-politica/#more-1376>. Consultado el: 13 de septiembre. 2024.

GIMENO, Beatriz. *La marginación de las lesbianas en los grupos gay y en el movimiento. feminista*. 1999. Disponible en: <https://beatrizgimeno.es/1999/08/14/la-marginacion-de-las-lesbianas-en-los-grupos-gays-y-en-el-mov-feminista/>. Consultado el: 20 de noviembre. 2024.

GIMENO, Beatriz. *Historia y análisis político del lesbianismo*. Barcelona: Gedisa, 2006. 257 p.

GIL, Carmen Gregorio. Cruzando las fronteras de adentro hacia afuera: reflexiones desde una etnografía feminista. *Aibr. Revista de Antropología Iberoamericana*, [SL], v. 9, núm. 3, pág. 297-322, 1 juego. 2014. AIBR - Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red <http://dx.doi.org/10.11156/274>.

GREGORIO, Carmen. Comprometiendo nuestra vida diaria. Relaciones de Género. Parentesco y sexualidad en el trabajo de campo etnográfico: En: GROSSI, Miriam et al. *Trabajo de campo, ética y subjetividad*. Tubarao: Copiart y Tribo da Ilha, 2018. p. 229-253.

HANISH, Carol. The personal is political. En: Firestone, Sulamit; KOEDT, Anne (ed.). *Notes from the Second Year: Women's Liberation*. Nueva York: Radical Feminis, 1970. p. 76-78.

HARAWAY, Donna. *Ciencia, cyborgs y mujeres*. La reinención de la naturaleza. Madrid: Cátedra, 1995.

HOOKS, Bell. *Ain't I a Woman? Black Women and Feminism*. Boston: South End Press, 1981.

HOOKS, Bell. *Talking Back: Thinking Feminist, Thinking Black*. Boston: South End Press, 1989.

LAGARDE, Marcela. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, prenas y madres*. México: Unam, 1993. 883 p.



LÁZARO, Ana Isabel Velazco. *La amistad como forma de vida: género, sexualidad, diversidad relacional y el problema del parentesco*. 2022. 252 y siguientes. Tesis (Doctorado) - Curso de Filosofía, Universidad Complutense, Madrid, 2021.

MENDOZA, Diego. *Mirando al Sur: una historia (incompleta) del activismo de la disidencia sexual y de género en Andalucía*. Tesis (Doctorado) - Curso de Estudios de Género, Universidad de Granada, Granada, 2021.

MOGROVEJO, Norma. *Un amor que se atrevió a decidir su nombre: la lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexuales y feministas en América Latina*. México: Plaza y Valdés, 2000. 394 p.

MORENO, Ana Romero. *El estatuto antropológico de la amistad y su dimensión social: perspectivas para el siglo XXI*. 2015. 433 y siguientes. Tesis (Doctorado) - Curso de Antropología, Universidad de Navarra, Navarra, 2015.

OLMEDA, Fernando. *El látigo y la pluma*. Madrid: Dos Bigotes, 2013. 566 p.

OROZCO, Amaia. La sostenibilidad de la vida en el centro... ¿eso es lo que significa? En: ALBA, Laura Mora Cabello de; GUTIÉRREZ, Juan Escribano (ed.). *La ecología del trabajo es el trabajo que sustenta la vida*. Albacete: Bomarzo, 2015. p. 71-100.

PLATERO, Lucas. Lesboerotismo y masculinidad de la mujer en la España franquista. Bagoas. *Revista de Estudios Gays*, [s. l], v. 3, pág. 15-38, 2009. Semestral.

PLATERO, Lucas. Entre invisibilidad e igualdad formal: perspectivas feministas sobre la representación del lesbianismo en el matrimonio homosexual En: SIMONIS, Angie. *Cultura, homosexualidad y homofobia - Amazonia: historias de visibilidad lésbica*. Barcelona: Laertes, 2007. p. 85-106.

PRECIADO, Beatriz. *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa Calpe, 2008. P. 328.

RICH, Adrienne. *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution* Nueva York: Norton, 1976. 322 p.

RICH, Adrienne. Apuntes hacia una política de ubicación. (págs. 210-231). Nueva York: Norton. En: RICH, Adrienne. *Sangre, pan y poesía: prosa seleccionada 1979-1985* . Sí: W.W. Norton And Company, 1984. p. 210-231.



- RICH, Adrienne. Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. Duoda. *Revistas D'estudis Feministes*, [s. l], v. 10, pág. 15-42, 1996.
- RICHARDSON, Laurel. Nuevas prácticas de escritura en investigación cualitativa. *Revista Sociología del Deporte*, [SL], v. 17, núm. 1, pág. 5-20. Marzo. 2000.
- RUBIN, Gayle. El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. En R. Reiter (Ed.), *Hacia una antropología de las mujeres*. Ed. Anagrama, 1975. p 167-210.
- SCRIBANO, Adrián; DE SENA, Angélica. Construcción de conocimiento en Latinoamérica: algunas reflexiones desde la auto-etnografía como estrategia de investigación. *Cinta moebio, Santiago*, n. 34, p. 1-15, marzo. 2009. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-554X2009000100001>.
- TORRES, Sara. Mundos que hacen el amor. En VVAA. *(h)amor amigas*. Madrid: Continta me tienes. 2024. P.41-59.
- TRUJILLO, Gracia. Deseo y resistencia - (1977-2007). *Tres años de movimiento lésbico en el Estado español*. Barcelona: Egales, 2008. 270 p.
- VALDÉS, Alicia. La amistad radical. En VVAA. *(h)amor amigas*. Madrid: Continta me tienes. 2024. p.87-111.
- WESTON, Kath. *Las familias que elegimos: lesbianas, gays y familiares*. Barcelona: Bellaterra, 2000. 304 p.
- WITTIG, Monique. *Pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Égales, 1996.



Tecendo Redes, Construindo Comunidade: o Poder das Amizades Lésbicas

RESUMO: O artigo explora as relações de amizade que há muito tempo são geradas dentro do coletivo homossexual, destacando seu papel como construções de identidade a partir das quais é exercida uma prática de resistência às normas sociais que os estigmatizam. Nesse contexto, são discutidas as implicações políticas desses vínculos estratégicos e sua relação com conceitos como parentesco ou família. Embora o texto se concentre especificamente nas amizades lésbicas, entende-se que elas contêm um poder subversivo especial em face da heteronorma. Por fim, o texto reflete sobre como, uma vez conquistados os direitos pelos quais o movimento institucional de gays e lésbicas tanto lutou, a integração social da homossexualidade pode ter levado à perda do potencial transformador do grupo, ao priorizar o uso de instituições heteronormativas em detrimento de suas formas alternativas de relacionamento, que estão começando a desaparecer. Este texto adota a autoetnografia feminista como uma metodologia de pesquisa dissidente que valida o conhecimento experimental como uma fonte legítima de conhecimento. Por meio dessa perspectiva, ele explora a relevância da relação entre o pessoal e o político, destacando seu potencial para impulsionar a transformação social.

PALAVRAS-CHAVE: Relações de amizade. Lésbicas. Redes de apoio, estratégias de resiliência. Autoetnografia feminista.

María José Alonso VIDAL

Doctora por el Programa Oficial de Doctorado Estudios de las Mujeres, Discursos y Prácticas de Género. Licenciada en Ciencias del Trabajo. Diplomada en Trabajo Social por la Universidad de Granada. Profesora Sustituta Interina. Departamento de Psicología. Área de Trabajo Social. Universidad de Jaén. Miembro del grupo de investigación Otras. Perspectivas Feministas en la Investigación Social (SEJ-430). Líneas de investigación: Disidencias afectivo-sexuales y de género. Salud y género. Metodologías feministas de investigación social.

Recebido em: 31/12/2024

Aprovado em: 15/02/2025